

FERNANDO CALDERÓN, *Obras poéticas* (Parnaso mexicano, 1844).
México: UNAM, 1999.

Parnaso mexicano: el sueño de Fernando Calderón

PABLO MORA

Instituto de Investigaciones Bibliográficas. UNAM

El libro de Fernando Calderón con edición, presentación y apéndices de Fernando Tola de Habich es, como muchos otros editados por el mismo compilador, una obra necesaria y útil para todo aquel estudioso que pretenda ir más allá de los escasos datos que se ofrecen del poeta zacatecano en las historias de la literatura mexicana o bien en las antologías de poesía. Se trata de un libro en el que, además de publicarse en forma facsimilar la edición principal de las obras de Fernando Calderón, el editor nos ofrece una recopilación de obra dispersa en diferentes publicaciones y el conjunto de la crítica más importante acerca del autor, de tal suerte que se tiene, ciertamente, un grueso volumen por el que podemos acercarnos a un escritor mexicano importante del siglo pasado.

El mismo Tola de Habich caracteriza su presentación como una "exposición documental" y, en efecto, así lo es. En este sentido, el libro presenta varias ventajas en tanto reunión de material por lo general disperso y de difícil acceso. La compilación del conjunto de texto crítico sobre el autor representa el repaso de un escritor a lo largo de la historia literaria y esta revisión generalmente permite mirar en retrospectiva la obra de un dramaturgo y poeta mexicano que tuvo varias singularidades: ser el primer ejemplo en proyección del poeta canónico romántico que se quiere adoptar en la literatura mexicana después de la independencia; ser el autor de dos de los poemas más perdurables del siglo XIX ("El soldado de la libertad" y "El sueño del tirano") y, finalmente, representar al primer dramaturgo romántico de provincia que conquista en sus obras los anhelos de la clase letrada.

Hablar de estas tres singularidades representaría, sin duda, la elaboración de un trabajo más extenso que rebasaría los propósitos de esta reseña, así que me concentraré solamente en la primera de estas singularidades porque me parece que a partir de ésta podemos ubicar mejor el valor del libro que ahora se publica.

La importancia de la edición de la obra de Calderón radica en que es parte de un proyecto editorial, encabezado por el, no menos importante, impresor Ignacio Cumplido, en el que se quiere, por primera vez, publicar las obras y con ellas configurar el primer Parnaso mexicano; de ahí que la edición lleve el subtítulo precisamente de Parnaso mexicano 1844.

En otras palabras, se trata del primer proyecto editorial serio que busca establecer el canon literario de obras que iban a caracterizar a una nación, es decir, se pretendía editar al grupo de autores que iba a darle una continuidad histórica a la nación. Algo así como lo que harían los españoles más adelante con la colección de "clásicos castellanos" de 1910 de Menéndez Pidal. Dicha empresa, como lo ha señalado Inmax Fox, se proponía encontrar lo español, su carácter a través de la lengua castellana. Este primer intento, en el caso mexicano, comenzaba con las obras de Fernando Calderón. Aunque el proyecto no cuajó y sólo se anunció el siguiente título de los textos del otro romántico Ignacio Rodríguez Galván, lo interesante, en todo caso, es saber por qué la preferencia de escoger al poeta zacatecano como el primer escritor que daba carácter a la literatura mexicana, un poeta joven que apenas contaba con 34 años de edad.

Claramente, uno de los motivos por los cuales se seleccionaba al autor de la sátira *A ninguna de las tres* era por el hecho de que sus textos conjugaban los valores que se querían reivindicar en un contexto de pleno desastre nacional. Ya para entonces, alrededor de 1842, se había derogado la constitución de 1824, se vivía en pleno centralismo bajo la dictadura de Santa Anna, Yucatán y Texas permanecían separadas y tanto conservadores como moderados y liberales se encontraban reunidos en un Congreso Constituyente que se iba a anular al año siguiente para formar las Bases Orgánicas. Dentro de ese contexto, los versos de Calderón se amoldaban perfectamente a una visión de poesía y literatura que se quería establecer. El autor del drama *Hernán o la vuelta del cruzado* era, en efecto, el poeta

romántico que entonaba los acordes que se querían escuchar, el poeta del porvenir, el poeta del amor y la libertad que ante el desengaño y el destierro era capaz de entonar la poesía adecuada que reivindicaba valores patrióticos según modelos europeos. Se trata de una poesía que hablaba del veterano, del desterrado, del soldado con todos los atributos de los héroes románticos, vestimenta, melancolía, castillos medievales; pero lo importante, en Calderón, era que el drama de estos guerreros y escenarios siempre los resolvía con acordes positivos, con un fin moral. En efecto, los textos de Calderón mostraban, describían, narraban, sobre todo, escenas en donde el mundo soñado de caballeros medievales se presentaban como una forma de reivindicar valores —la libertad y el amor— frente a un mundo en donde los ideales se veían transgredidos y en donde la nación misma de México se desintegraba y se alejaba cada vez más del anhelo fundamental: ser una nación ejemplar. En otras palabras se alejaban del sueño criollo.

En este sentido, vale la pena destacar —pues es otra de la virtudes y singularidades del libro que presentamos— el prólogo de Manuel Payno que acompaña la obra de Calderón. En efecto, dicho texto es quizá uno de los escasos escritos de crítica literaria que el autor de *Los Bandidos...* escribió, pero su relevancia no sólo procede de esta característica, sino de que representa una excelente pieza literaria de historiografía en la que se muestra la forma como se comenzaba a reflexionar de manera sistemática en asuntos literarios. En dicho texto se pone de manifiesto la manera como Payno hacía una lectura del romanticismo y veía en la obra de Calderón la encarnación de los ideales y aspiraciones de una clase letrada.

Precisamente Manuel Payno observaba que su versificación tanto en el drama como en la poesía de Calderón: “es natural como una conversación familiar, fluida como un arroyo de agua, armoniosa como una sinfonía de Mozart”. Asimismo, de una obra como *El Torneo*, destacaba su fin moral ya que “el torrente del amor ha sido purificado por la virtud, y el drama no causa el más leve perjuicio ni a las tiernas doncellas, ni a las virtuosas casadas, ni a los jóvenes impetuosos, ni a los hombres maduros, mientras interesa, conmueve y divierte a todos” (xix).

En este sentido, la obra de Calderón era la proyección de una poesía y un drama que encarnaba una realidad anhelada: la reivindicación de un mundo soñado en los ideales que podía representar un héroe romántico o las costumbres ilustradas de una sociedad como la de Francia. Asimismo, presentaba este sueño con una prosodia trabajada y al mismo tiempo daba una dirección benéfica a los peligros del romanticismo. Antes que radicalizar su visión de mundo frente a su entorno social, como lo haría el otro escritor no menos romántico, Rodríguez Galván, Calderón conjuraba las aspiraciones de prestigio literario con la práctica de una literatura a la altura de los acontecimientos: romántica pero mesurada. Así, decía el poeta:

Una suerte inexorable,
llena de luto mi vida,
y mi alma gime oprimida
por la dura adversidad;
pero yo olvido estas horas
de tanta amargura llenas,
cuando suaviza mis penas
La risa de la beldad.

En realidad, los versos de Calderón sonaron a aquella poesía que se buscaba oír en todos los escritores: sonora, armónica, cadenciosa entre bélicos momentos y amorosos desengaños. Poemas como “El soldado de la libertad” expresaban dicha pauta de paso firme y vigoroso:

¡Gloria, gloria! ¡yo no quiero
una vergonzosa paz;
busco en medio de la guerra
la muerte o la libertad!

Los textos del autor del drama de *Ana Bolena*, a diferencia de los de Rodríguez Galván, representaban la puesta de los acordes armoniosos de Lamartine y los amoldaba a un español de resonancias hispanas en las

que se tenía presente a un Garcilaso, a un Lope o a un Rioja. Sin posibilidad de ruptura, Calderón encontraba en la lengua española y en dramaturgos como Calderón de la Barca o Bretón de los Herreros lo que muchos otros no habían encontrado a la luz de la nueva sensibilidad.

Los tonos y los hallazgos musicales no eran pocos, Calderón, sin perder los aspectos formales, entonaba una poesía que en su aparente evasión o elusión se permitía la denuncia ante la injusticia, la censura y la tiranía. En ese sentido, el poema "El Sueño del tirano", que hacía alusión a Santa Anna, representaba en buena medida la eficacia de su poesía.

Tapizado de huesos el suelo,
va sobre ellos poniendo la planta,
y al fijarlas los huesos quebranta,
con un sordo siniestro crujir:
A su diestra y siniestra divisa
esqueletos sin fin hacinados,
y los cráneos, del viento agitados,
le parece que escucha gemir.

A más de 150 años de muerto el poeta, los textos del vate zacatecano resultan, a la luz de la historia literaria, ricos porque ayudan a entender una época de México decisiva en la construcción de pautas culturales y en la literatura mexicana. Ahora bien, si fuera el propósito de estas notas ver los alcances del romanticismo mexicano en Calderón, diría que se trata de un escritor con versos monótonos y cursis, pero también diría que presentan indudables cualidades en la medida en que hay una buena asimilación de los modelos literarios españoles y franceses. Se trata de un poeta que, como pocos, supo adoptar temas, tramas y escenarios románticos muy de moda en aquel momento. Particularmente una obra como *El Torneo* puede resultar ahora entretenida, previsible, pero bien hecha. O bien una sátira como *A ninguna de las tres* no deja de perder su actualidad en tanto crítica de las pretensiones de cierta clase media mexicana. Calderón es un poeta de escenarios. Ahí están los dramas de amor medievales como el ya mencionado *El Torneo* o poemas en donde los temas recurrentes son descripción de sueños, guerreros y amantes. A partir de

estos tres motivos Calderón logró de manera análoga, aunque por distintas vías, aquello que Manuel Carpio alcanzaba con la poesía e historia sagradas en su poema a México de 1847: mantener el sueño de una nación que entonces se deshacía.

Ahora bien, lo interesante de la poesía de Calderón es que, a pesar de hacer buenas escenificaciones y pinturas y de una aparente evasión romántica —recriminada por Altamirano—, como bien lo ha señalado Francisco Monterde, éstas representaban más bien una virtud que le servía tanto para denunciar la falta de una patria verdadera como para crear la pesadilla de una nación que estaba gobernada por un tirano.

En este sentido, la obra toda de Calderón representaba un sueño. El sueño que permitía hacer una verdadera pesadilla para el tirano Santa Anna, pero también, paradójicamente, el espacio que daba pie para la elaboración del sueño letrado: proyectar en un mundo de imaginación el teatro del México soñado.